

apuntando hacia la puerta cerrada, cuando el Espíritu Santo susurró:

—Han pasado tres semanas desde la última vez que dedicaste tiempo a leer tu Biblia y orar. ¿Qué te parecen los resultados?



La convicción me golpeó como una ola. De repente, la relación entre mi inconsistencia en los devocionales y la manera en que trataba a mi familia se volvió absolutamente clara. Era real. Visible. Innegable.

UNA DECISIÓN DE NITIA PARA LOS DEVOCIONALES DIARIOS

Ese fue el día en que tomé una decisión: pasaría tiempo cada día en la Palabra de Dios y en oración; no para ganar el favor de Dios, no para ser una “buena cristiana”, sino porque lo necesitaba.

Necesitaba transformación, y no podía experimentar un cambio verdadero sin una comunión diaria con Aquel que transforma.

Sabía que los días en que pasaba tiempo con Jesús era diferente. Por eso, mi tiempo devocional dejó de ser opcional.

Años después entendí por qué. Jesús lo explica claramente en Juan 15:4:

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”

Había estado intentando producir paciencia, mansedumbre y dominio propio sin permanecer conectada a la Vid. Con razón seguía luchando.

El estudio diario de la Biblia y la oración nos colocan en el lugar donde el Espíritu Santo puede moldear silenciosamente nuestros corazones y nuestras vidas.



Acerca del Autor

Janet F. Salazar es autora y conferenciante que escribe sobre cómo desarrollar una relación genuina con Dios a través de las Escrituras y la oración. Partes de este artículo están adaptadas de su libro *Engaging with God: Journey from Farisee to Disciple*. Más información en janetfsalazar.com.

PRODUCIDA Y
DISTRIBUIDA POR:
MINISTERIOS DE
MAYORDOMÍA
DE LA DIVISIÓN
NORTEAMERICANA

MENÚ DEL MAYORDOMO

COLECCIÓN DE IDEAS PRÁCTICAS PARA SER MEJORES MAYORDOMOS

Julio/Agosto 2026 • Volumen 3 • Número 4

Por Qué Mi Tiempo Devocional Ya No Es Opcional

Por Janet Salazar

Yo era una persona enojona. Mis luchas desde muy joven era controlar mi enojo. No un enojo que aparecía ocasionalmente, sino uno que permanecía latente bajo la superficie, esperando el momento de salir cuando las cosas no resultaban como yo quería: cuando estaba cansada, estresada o sentía que estaba perdiendo el control.

Utilizaba mi enojo para intentar controlar situaciones y personas, con la esperanza de asegurar Yo era una persona enojona. Mis luchas desde muy joven era controlar mi enojo. No un enojo que aparecía ocasionalmente, sino uno que permanecía latente bajo la superficie, esperando el momento de salir cuando las cosas no resultaban como yo quería: cuando estaba cansada, estresada o sentía que estaba perdiendo el control. mejores o más seguros resultados. Pero, en realidad, me robaba la paz y la satisfacción. Más aún, afectaba mi matrimonio y el ambiente de nuestro hogar con mis hijos.

Todos luchamos con malos hábitos o rasgos de carácter que quisiéramos cambiar. Algunos pueden parecer insignificantes, como morderse las uñas o ser un poco desorganizados, pero otros tienen consecuencias mucho más profundas. Pueden afectar nuestras relaciones, obstaculizar nuestro crecimiento espiritual y mantenernos atrapados en patrones de conducta poco saludables.

Puede ser muy frustrante, y quizás te hayas preguntado: “¿Por qué no puedo simplemente dejar de hacer esto?” o “Sé que está mal, entonces ¿por qué sigo cayendo en la misma trampa?”

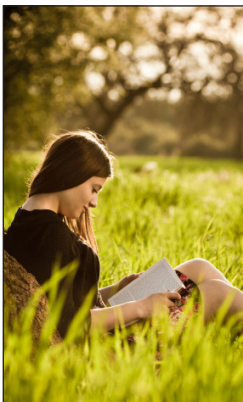


LA MAYORDOMÍA ES GENEROSIDAD REVOLUCIONARIA. SE TRATA DE LAS 7 T'S:
TIEMPO, TALENTO, TESORO, TEMPLO, TEOLOGÍA, TENER FE, Y TESTIMONIO.

LA LARGA E INFRUCTUOSA BATALLA POR CAMBIAR

La batalla para superar este rasgo de carácter de mi enojo, fue larga y agotadora. Le rogué a Dios que me lo quitara. Fui a consejería. Leí libros de autoayuda cristianos y seculares. Probé ejercicios de respiración, escribir un diario e incluso escribir y mantener una lista de gratitud.

Estas herramientas me ayudaron a crecer en autoconocimiento y a mejorar mi comunicación, pero no produjeron la transformación profunda y duradera que anhelaba. Estaba frustrada, especialmente con Dios. ¿Por qué no me estaba ayudando más? ¿Por qué simplemente no me quitaba este problema? ¿Acaso no veía cuánto me esforzaba? ¿No escuchaba mis oraciones? ¿No veía cuánto hacía en la iglesia? Yo creía en Su poder para cambiar corazones, entonces ¿por qué no estaba cambiando el mío?



UNA VIDA DEVOCIONAL BASADA EN LAS OBRAS

Desde niña me enseñaron que el estudio de la Biblia y la oración eran esenciales para la vida cristiana. Sin embargo, me resultaba difícil practicarlos de manera constante. Veía la Biblia más como un manual de instrucciones que como una forma de desarrollar una relación con Dios. Por eso, muchas veces me parecía aburrida y, en ocasiones, un verdadero desafío, especialmente al estudiar libros como Levítico.

Además, con todas mis responsabilidades en la iglesia y en el hogar, me parecía que mi energía estaba mejor invertida en hacer que en orar. Al menos cuando tachaba tareas de mi lista podía ver resultados. Leer la Biblia y orar no parecía producir cambios visibles.

Así que mi vida devocional era, en el mejor de los casos, esporádica. Un sermón, un retiro espiritual o una crisis me inspiraban a sumergirme nuevamente en la Escritura y la oración. Pero después de unos días o semanas, el entusiasmo desaparecía. Dejaba pasar un día, luego dos, luego una semana. Un ciclo constante de comenzar y abandonar.

UN DESCUBRIMIENTO CRECIENTE: LA PALABRA DE DIOS NOS TRANSFORMA

Pero cuando cambié el enfoque de mi oración y estudio bíblico, dejando de hacerlo simplemente para modificar mi conducta, pero enfocarme en conocer a Dios tal como Él realmente es, algo comenzó a cambiar en mi corazón. Poco a poco, empecé a esperar con entusiasmo el momento de abrir mi Biblia y descubrir más acerca de quién es Dios.

En lugar de terminar mi tiempo devocional sintiéndome desanimada y derrotada, comencé a salir fortalecida y animada. A veces sentía que Dios me hablaba directamente a través de Su Palabra. Nunca antes había experimentado algo así. Era humillante y emocionante al mismo tiempo.

Con el paso del tiempo y a medida que mi relación con Dios crecía, comencé a notar un patrón. Los días que pasaba tiempo en la Escritura y la oración, era más paciente y amable. Era una esposa y madre más amorosa y comprensiva. Incluso hubo momentos en que salían palabras de mi boca que sabía que no provenían de mí, sino de Dios. Comencé a ver destellos del fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-23) brotando en mi vida.

Sin embargo, en ese momento no relacionaba esto con mi vida devocional. Seguía considerando la lectura de la Biblia y la oración como algo opcional en mi agenda. Cuando estaba demasiado ocupada, pensaba: “Seguramente Dios entenderá si hoy lo dejo pasar”. Después de todo, era esposa de pastor y madre. ¿Cómo podía encontrar tiempo todos los días?

O al menos eso pensaba.

LA LLAMADA DE ATENCIÓN

Una mañana, la conexión entre mi vida devocional y mi comportamiento se hizo dolorosamente evidente.

Era una mañana de escuela. No solo me había levantado

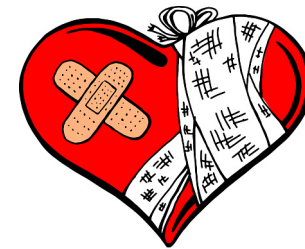


tarde, sino que también me desperté de mal humor. Estaba irritada, impaciente y poco amable, y mi frustración se derramó sobre todos los que estaban en casa. Regañé, insistí y levanté la voz a cualquiera que se cruzara en mi camino mientras intentaba desesperadamente que todos salieran a tiempo.

Finalmente, después del desayuno y de una mañana caótica, mis hijos salieron corriendo hacia la camioneta con evidente alivio, deseosos de escapar del campo de batalla que yo había creado. Pero justo antes de cerrar la puerta, mi esposo, con dolor en su voz, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Qué te pasó?

Me quedé allí, con la boca abierta y el dedo todavía



[Vea un video sobre tener fe:](#)

